

# Ingenio subversivo de barrio

Un diálogo entre pasado y presente



El ejemplar número 2 de “Rastro de gato” no fue un encuentro casual, fue un descubrimiento. Un fanzine perdido que durante los años noventa registraba los trapi-cheos de la vida cotidiana. Aquel fanzine era una guía de supervi-vencia para torcerle el brazo a la tiranía del Sistema. Ideas de la cla-se obrera de barrio que pasaron del boca a boca al formato impre-so clandestino para su difusión. En “Ingenio Subversivo de ba-rrio,” reproducimos el material original tal como apareció; y justo

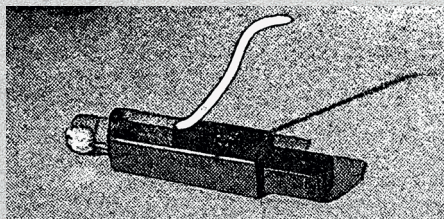


después, añadimos nuestro co-mentario. Entre ambos espacios se crea un diálogo entre pasado y presente, un puente que demues-tra que el ingenio, aunque cam-bie el foco de intervención, sigue persiguiendo el mismo objetivo. Lo que sentimos leyendo las pági-nas de “Rastro de gato” no es solo nostalgia. Es la prueba de que el ingenio siempre encuentra el pun-to ciego. Si el Sistema ha evolucionado, el ingenio de barrio también debe hacerlo. La vulnerabilidad nunca desaparece, solo muta.

# LA ÚLTIMA MONEDA



En los recreativos y bares de la ciudad circula un rumor que no necesita pruebas: el mechero puede dar créditos gratis en algunas máquinas. Nadie lo inventa, nadie lo explica del todo, nadie firma el procedimiento. Se pasa de boca en boca: en el instituto, en los portales, entre partidas del Street Fighter II y "cigarrillos" a medias. Alguien asegura haberlo visto en otro barrio. Otro dice que su primo lo hace en la máquina de fútbol del bar "Luna". Y con esos rumores, que siempre tienen algo de exageración y algo de verdad, uno se planta frente a la recreativa con un mechero y toma la decisión de probarlo. Se habla del piezoeléctrico, la pieza del mechero que hace la chispa. Hay quien dice que no hace falta desmontarlo: con el mechero entero

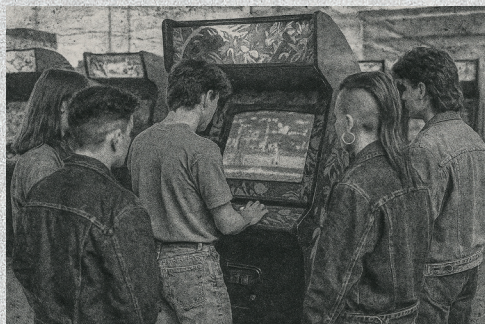


también funciona, si se sabe dónde apuntar. Que si lo acercas a la ranura, que si das el chispazo justo en el borde metálico, que si es importante tocar un tornillo pequeño por dentro. Cada versión tiene un matiz distinto. Lo único que parece coincidir es esto: la chispa engaña al sensor que detecta las monedas y la máquina suma créditos falsos. Tan simple que parece mentira. Y quizá por eso funciona.

Cuando uno se atreve, hay dos finales posibles:

No pasa nada. Solo un chasquido, la cara roja y un colega diciendo "quizá esta máquina está parcheada".

Suben créditos. Entonces se abre un hueco en la lógica del mundo. Una máquina pensada para tragarse el dinero acepta un impulso eléctrico como si fuera una moneda. No es una revolución, es una grieta. Una grieta pequeña, pero suficiente



para creer que todo sistema tiene zonas blandas.

Los que lo logran lo cuentan con calma, como se comparte un secreto. Sin alardes ni planos detallados. Es un conocimiento medio prohibido, medio absurdo, que existe solo en quien se atreve a intentarlo.

Son rumores técnicos, casi rituales: nadie sabe de electrónica, pero todos saben dónde apuntar la chispa. Es un pacto entre calle y máquina, entre rumor y acción.



A veces pienso que este truco tan simple —esa chispa mínima que confundía a la máquina— revela algo que hoy casi se ha perdido: la idea de que incluso los sistemas más seguros podían fallar con un gesto cotidiano. No era una hazaña ni un acto de rebeldía épica; era una grieta que estaba ahí desde el principio, al alcance de cualquiera que se atreviera a probar. La máquina, diseñada para extraer monedas sin descanso, se doblegaba ante el pulso eléctrico, y en contra del insistente mensaje de ‘insert coin’, el jugador ya ganaba su primera batalla con la máquina. Lo curioso es que no se vivía como un robo. Era más bien una conversación rara con la máquina. Como si por un momento te dejara entrar en su pequeño secreto, en esa zona donde el azar vence a la lógica. La técnica confiaba demasiado en sí misma; nosotros, quizá sin saberlo, confiábamos en que toda estructura tiene su sombra, su punto donde se deshace un poco. Quizá por eso, aquellos salones recreativos, tenían algo que los lugares de hoy ya no tienen. Eran espacios imperfectos, un poco ruidosos, un poco desordenados, donde las máquinas mostraban su fragilidad sin vergüenza. Y de algún modo eso también se perdió. Cuando los salones fueron confinados en centros comerciales —limpios, supervisados, silenciosos— ya no quedaba espacio para esa intimidad rara entre el jugador y la máquina. Todo empezó a volverse previsible, higiénico, demasiado correcto.

Las máquinas se actualizaron, los fallos se cerraron y la chispa dejó de significar nada. El mayor engaño de la hipertecnología es su promesa de invulnerabilidad. Nos han vendido sistemas de datos, plataformas sociales y economías digitales como fortalezas selladas, sin ranuras para el mechero. El truco físico acabó porque el fallo se trasladó del hardware al software, del cobre al código. Hoy, la chispa no es un pulso eléctrico sobre el metal. Es la interrupción mínima que golpea los nuevos puntos débiles del sistema. Podría ser la filtración de datos que rompe la mentira de la seguridad que nos venden. Podría ser la acción organizada en red que anula los sistemas que intentan manipular nuestra atención. O la negativa masiva a participar o pagar, que ataca directamente el corazón financiero de las empresas que nos ven solo como fuentes de ingresos, colapsando así su modelo de valor. Sin embargo, ¿basta con eso? Esas interrupciones son chispas de Superficie; nos dan victorias psicológicas y exponen errores, pero el sistema aprende y parchea el error rápidamente. Seguimos hablando del truco no por nostalgia barata, sino porque nos recuerda que el sistema perfecto es una ficción. Y quizá la verdadera resistencia consista simplemente en negarse a jugar en el tablero diseñado por el adversario.

# T-1: La Barrera de Cartón



Sobrevivimos en nuestros barrios y cada maldita moneda que se traga el Sistema es una ofensa. Nuestra rabia no es solo por el dinero. Es porque el precio de un billete es una barrera para la vida. Es la tiranía que nos impide movernos entre barrios. ¿Pagar para ir a estudiar? ¿Pagar para cruzar la ciudad y conocer a gente diferente o compartir conocimientos? ¡No! La ciudad debe ser un aula, la movilidad es un derecho. El transporte es el sistema nervioso de la comunidad y debe ser libre.



El precio de los billetes del transporte "público" son el impuesto obligatorio que el Sistema nos cobra por movernos. La tarjeta de diez viajes es una cadena de oro. Pero hay algo hermoso en la estupidez de su diseño. La tarjeta, ese cartón con una banda magnética negra por detrás, es la debilidad. Nuestra misión es interceptar esa debilidad, corromperla y reescribirla. Es una declaración: si no podemos con ello, lo jodemos.

El truco no está en un programa sofisticado. Esto es una movida de bajo nivel, la habilidad del manitas. La vulnerabilidad está en la maquinaria de corte de los torniquetes. Hablamos de la sutil inclusión de una hoja de afeitar en el cartón, y el uso de una tinta oscura para camuflar el marcador blanco de validación en la parte trasera. Es la ingeniería inversa aplicada a la vida cotidiana. Es mirar la tecnología, ver su mecanismo burdo y vencerlo con una solución que cabe en el bolsillo. Cada

billete recargado es una pequeña victoria contra el capitalismo de las multinacionales de transporte. No se trata de decir cómo se hace, "el Primer Mandamiento del Zine es no darles pistas al Sistema", sino de entender el espíritu. El Sistema no puede quedarse quieto mientras sus ingresos se evaporan. Si el trapicheo se extiende, si te pillan con la tarjeta trucada, si la voz corre y el número de viajes "gratuitos" se multiplica... entonces se encendrán las alarmas.

La reacción será histérica y predecible. La verdadera guerra llegará con el anuncio de algo nuevo, algo que prometen será "impenetrable" y terminará con nuestros trucos. Demostrarán que estamos ganando la batalla cultural, porque tendrán que gastarse millones en actualizar todo el puñetero sistema solo por culpa de un puñado de personas. El espíritu sigue vivo, siempre habrá una puerta trasera, siempre habrá un fallo de seguridad. Y si todo falla, siempre nos quedará la última y más visceral forma de resistencia: saltar la barrera que separa la calle del transporte de pago. ¡CUÉLATE!

**marcha**



Hay una verdad incómoda escondida en algo tan frágil como un cartón: que la ciudad nos exige pagar por existir en ella. Cada trayecto tiene un precio. La ciudad se vuelve un mapa lleno de zonas que “quedan lejos” por el coste de la tarifa. Allí nace una de las múltiples fracturas. En cuanto el poder nota que pierde control levanta muros nuevos y los pinta de seguridad. Ese movimiento defensivo puede intimidar, pero no debería confundirse con una victoria. Porque si todo se apoya en el ingenio individual, lo que parece resistencia se convierte en rutina de supervivencia. Los trucos te sacan del apuro, sí, pero no cambian la jaula.

En el fondo, todo se reduce a una intuición sencilla: movernos no debería ser un lujo. La ciudad tendría que ser permeable, un espacio que respira con quienes la habitan. Una red libre de peajes, no un laberinto tarifado donde cada paso tiene dueño. Y quizá la verdadera resistencia consista precisamente en eso: en dismantelar la idea de que desplazarse es un privilegio, hasta que entrar en el metro o cruzar la ciudad deje de sentirse como un acto condicionado y vuelva a ser lo que siempre debió ser: un gesto natural de vida, la movilidad.

Siempre nos quedará movernos a pie, en bicicleta o en patinete, pero esas alternativas no son gratuitas: consumen tiempo que no todos tienen, requieren energía que no todos pueden gastar, y quedan fuera del alcance de quienes tienen limitaciones de salud o edad. Tarde o temprano habrá que decidir: aceptar los peajes, o cambiar radicalmente la lógica que convierte el espacio público en la primera barrera de clase.

# LA ARROGANCIA DEL PLOMO



El material perfecto es gratis. Busca una radiografía vieja de tu abuela en el cajón o un negativo de foto que ya no sirva. Ese plástico es la clave. Tiene el grosor exacto para lo que necesitas.

Localiza la ranura de la junta que ensambla el contador. Con pulso firme deslizas el trozo de radiografía por esa rendija. La metes hasta que notas el suave tope en la rueda giratoria. Y ahí se queda. Bloqueada. Consumes lo que quieres. No cuenta.

El truco es de barrio, y funciona porque es simple. Pero no es gratis. El problema no es que el contador se rompa, el problema es que te pille el de la Revisión.

Tienes que ser el mejor vigilante de tu consumo. Si entre lectura y lectura de mes a mes el consumo baja de 200 a 20 kilovatios, eso canta demasiado. El revisor no tiene hora fija, pero sabes que pasa por el bloque siempre alrededor de la misma fecha aproximada. Hay que llevar un control mental o una libreta y ajustar el consumo para que la factura final sea creíble, no para que sea cero.

La clave del éxito es la paranoia sutil. Nuestro consejo es que mires siempre por la mirilla antes de abrir la puerta por si acaso y si tienes el truco activado no te pille por sorpresa el revisor y puedas sacar la radiografía del contador.

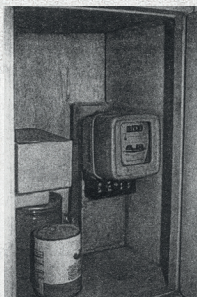
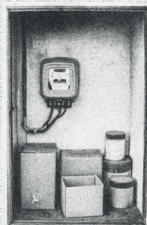
Que sigan con sus sellos de plomo. Aquí, el tiempo y la luz los controlamos nosotros.



La electricidad no es un lujo pero nos la cobran como si fuera oro. Esa caja de metal y vidrio pegada a la pared es la prueba de que el Sistema te obliga a pagar por cada hora que pasas dentro de tu casa. Cada vuelta de esa rueda, ahí dentro, es tu dinero yendo a los bolsillos de otros.

Sellaron el aparato con plomo y lo blindaron con metal, convencidos de que así nadie tocaría los circuitos. Pero en su arrogancia, pasaron por alto la ley más simple: si hay una junta de cierre, hay una ranura.

Aquí no hay electrónica. No hay peligro. Solo fricción. El truco es frenar esa rueda. Y para eso necesitas algo muy fino, duro, pero flexible.



El ingenio de la radiografía era la materialización del revisor para colocar un espía silencioso que reporta de una protesta muy simple: si la Corporación nos exige pagar por la luz, el calor y la supervivencia, nosotros vamos a encontrar el modo de frenar la factura por nuestra cuenta. Era resistencia de bajo nivel, nacida de la necesidad y ejecutada con una maña accesible. Pero el sistema, como siempre, ha aprendido de su propia vulnerabilidad. El contador moderno ya no tiene el disco de metal. El desafío se ha trasladado del físico al digital: de la fricción a la misión de datos. Ahora, en lugar de una rueda que giraba, solo hay números y luces que parpadean. El punto clave es que se ha eliminado la pieza vulnerable que podíamos frenar y cómo lo han aprovechado. El contador digital es un vigilante programado que no solo mide, sino que transmite la información bidireccionalmente y en tiempo real. El peligro ya es que el revisor te pille en la puerta; el peligro es que el sistema te conozca y te administre a distancia. Han quitado el revisor para colocar un espía silencioso que reporta no solo tu consumo, sino también tus patrones de vida. Esta es una lección poderosa sobre la evolución del control: el poder ya no reside en el sello de plomo, sino en la distancia. El sistema se ha vuelto invisible, centralizado, y ha eliminado el punto de intervención manual. Si la resistencia de antes era detener la rueda con un trozo de plástico, la resistencia de hoy podría ser reclamar la privacidad total. La vida personal no es una zona a monitorizar. No lo es el patrón de tu consumo eléctrico, ni tu ubicación, ni tus transacciones. El desafío fundamental que nos recuerda todo esto es que la vida que llevamos es nuestra y de nadie más, y no puede ser medida, espiada ni tarifada por terceros. La simpleza de ese plástico que detenía la rueda nos recuerda hoy que, aunque intenten cobrar y espíen las cosas básicas, estas por definición son fundamentales y siempre valdrá la pena proteger. y nuestro ingenio de clase encontrará cómo.

Si tenemos que aprender algo de la resistencia de bajo nivel, es esto: el propósito del Sistema es imponer un costo a nuestra existencia diaria. Nos cobran por movernos, por distraernos, por vivir bajo techo... convierten lo fundamental en una tarifa.

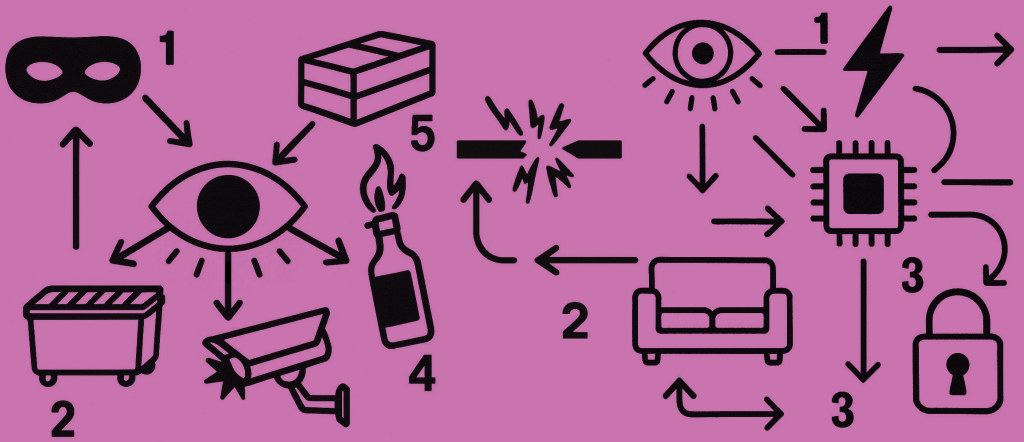
Ante esta imposición, la respuesta del ingenio popular siempre ha sido buscar el punto débil; esa fisura en la estructura. El truco era un acto simple, hasta ridículamente absurdo, accesible a cualquiera que se atreviera, que demostraba que el blindaje no era total, que ante su presunta perfección, nosotros poseíamos ese ingenio MacGyver, ese control oculto sobre ellos. Pero el control aprende. Se ha eliminado la posibilidad de la intervención humana directa, imponiendo una vigilancia total y centralizada. El desafío fundamental de hoy ya no es encontrar

la nueva ranura. El verdadero desafío es reconocer y rechazar la mentira de fondo que sustenta el sistema: la promesa de la perfección sin fisuras.

La máquina fallaba porque era vulnerable y accesible. Podíamos hacer prueba y error hasta triunfar en nuestro propósito y descubrir el fallo. Ahora el sistema moderno es "perfecto e inaccesible," y por eso mismo se vuelve impenetrable e inhumano. La clave está en no aceptar la mentira de esa supuesta perfección.

La soberanía se encuentra en el acto de entender que la vida que llevamos es nuestra y de nadie más, y que no puede ser medida ni tarifada por terceros. Y la resistencia final es buscar colectivamente el truco que encontrará la forma de evitar el control de nuestra existencia.





“Rastro de gato” fue el manual clandestino de los noventa. Un registro de cómo la clase obrera diseñó el contra-sistema con astucia de barrio, interceptando fallos simples en la tecnología de la época.

“Ingenio Subversivo de barrio” recupera el material original y lo confronta con el presente. Es la prueba de que la vulnerabilidad nunca desaparece, solo se traslada del plano físico al digital.

Este documento te obliga a reconocer la nueva mentira de la perfección y a empezar a buscar colectivamente el truco para evitar el control de tu existencia.